

La pregunta “¿qué es la virtud?” determina cuál es el enfoque central de la filosofía moral antigua y, en consecuencia, Aristóteles se interroga, tal como lo hacía Platón, si en verdad podría definírsela en orden a aspectos parciales tales como la edad o el género. Desde este marco referencial cobra sentido plantearse si puede afirmarse, o no, que haya virtudes propias de las mujeres. ¿Acaso podría asignárseles algún atributo específico como al valiente, el valor o al político, la prudencia? ¿Acaso le correspondería a la mujer, según dice el filósofo, el atributo propio del esclavo, que es ser mandado por el dueño? ¿O más bien serían semejantes a los niños, que son virtuosos en la medida en que, poniendo atención, obedecen bien? Sin albergar ni sombra de duda, el estagirita responde categóricamente en la *Política* sosteniendo que a las mujeres, aunque puede concedérseles que participan de la razón, de ningún modo puede otorgárseles que puedan mandarse, pues pareciera que, por su propia condición natural, las mujeres, aun y cuando sean libres, deben obedecer. Así que, aunque estuviesen dotadas de facultad deliberativa, en realidad, ni pueden ni sabrían cómo ejercer la dirección de su propia vida práctica.

Desde el punto de vista estrictamente definicional, para Aristóteles, entre hombre y mujer no hay diferencia en cuanto al género y obviamente nosotros diríamos que sí se trata de dos géneros diferentes. No obstante, lo relevante del caso en el mundo antiguo es que, aunque desde el punto de vista de la definición, hombre y mujer también deberían ser específicamente idénticos y, por lo tanto, racionales. De hecho, para Aristóteles, son diferentes específicamente, pues, mientras el uno posee inteligencia práctica y la ejerce, lo propio de la otra es que, aunque la poseyera, no podría ejercerla bien. Luego, no puede definirse la virtud en términos sustantivos generales, pues, si algo queda claro, es que una es la virtud del hombre y otra la de la mujer y, como consecuencia de tan clara distinción,

parece que incluso es conveniente para la mujer que sea el hombre el que, decidiendo por ella, le ayude a cargar su peso existencial.

Aristóteles, sin embargo, no segrega a la mujer en cuanto mujer, de hecho el filósofo reconoce que son más de la mitad de la población libre y quizás por eso mismo se preocupa de garantizar que actúen razonablemente y de ahí la importancia de consagrarla implícitamente a los roles domésticos y familiares, garantizándole el tutelaje político. Pero ¿acaso no es este el modo de pensar de un hombre claramente machista? Respecto del mundo antiguo, por supuesto que la pregunta es anacrónica, pero además la respuesta es del todo negativa, puesto que la incapacidad de la mujer no parece estar directamente relacionada con consideraciones sexistas. En su *Política*, a Aristóteles lo que le interesa es pensar cuáles son los criterios para poder ser y ejercer como un buen ciudadano, lo que significa que el tema de la definición contextual de la virtud de la mujer, o del hombre, no es el eje central. Por lo tanto, aunque Aristóteles mencione la función biológica reproductora de la mujer y el rol familiar asociado a esa función, no hay razones suficientes para interpretar que tal condición signifique una limitación en orden a otras funciones biológicas o cognitivas. Visto de otra manera, aunque Aristóteles no instancie el caso de una mujer prudente, la función biológica ni explicaría su inhabilidad política ni obstaculizaría su capacidad y desarrollo. En última instancia, si la mujer es políticamente inhábil, la materia de esa afirmación no es otra que la incuestionabilidad de las prácticas comunes de su tiempo. Aristóteles simplemente toma la fotografía del estatus de un mundo donde las mujeres, a excepción de las diosas, no tienen capacidad de tomar decisiones. La mujer simple y llanamente es políticamente inhábil en orden a criterios contextualistas no sometidos a preguntas ni a revisión.

Afortunadamente, al menos nuestro mundo ha cambiado y Occidente se ha dado la tarea de preguntarse en torno a las razones por las cuales un ente racional no puede ejercer una facultad tan determinante y que posee en cuanto dotada justamente de racionalidad práctica. Pero, a la hora de la verdad y en lo que respecta a las definiciones, Aristóteles en realidad no considera del todo conclusivos los argumentos basados en razones contextualistas, lo que significa que no se pronunciaría a favor de la tesis particularizadora que caracteriza la propuesta de definición, por ejemplo, de un Gorgias, aún y cuando el

estagirita suele argumentar dialécticamente en contextos prácticos, única razón por la cual podría interesarle el proceder del retórico siciliano.

Imaginemos entonces por un momento que Aristóteles fuese gorgiano y que le pidiéramos responder aportando una definición contextual relativa a la virtud de la mujer. El Filósofo, creemos que no vacilaría al responder como el hombre culto y refinado que era y por eso mismo habría podido contestar sirviéndose de una expresión proverbial. De suerte que, como diría el poeta, y Aristóteles así lo recuerda casi al final del primer libro de la *Política*: aceptaría decir que *el silencio es el adorno de la mujer*.

Hay tradiciones culturales tan fuertemente arraigadas en las prácticas cotidianas que parecen connaturales a la vida de las personas, pero el símbolo de que tales o cuales limitaciones no son esenciales generalmente tienen que ver con las posibilidades de acceder al saber. Así, si pensamos en las mujeres venezolanas de comienzos del siglo XX, no hace falta apelar a ninguna clase de determinismo biológico ni cultural cuando la fuente de la discriminación está unida a las restricciones en el orden de la formación y asociadas a la falta de oportunidades para amplios segmentos de la sociedad. Nuestra historia contemporánea reconoce el peso del compromiso de las mujeres que, con plena consciencia política, se asociaron a las luchas de los universitarios de la llamada Generación del 28, pero aún faltaría trecho por recorrer para que las venezolanas empezaran a tener horizontes de posibilidades vinculados a la vida en las aulas y al paraninfo y a soñar también con convertirse en profesoras en todas las diversas áreas del saber.

Una visión somera de la disciplina filosófica en la Ciudad Universitaria de Caracas nos muestra que, tras la caída del General Marcos Pérez Jiménez y temporalmente para finales de la década de los años sesenta, la escuela de filosofía tuvo por primera vez a una mujer a la cabeza de la dirección, se trató de la profesora Hernila Elías de Pérez Perazo, quien trabajó su tesis doctoral bajo la tutoría del reconocido Juan David García Bacca, dedicándose posteriormente a la docencia en el área de filosofía de la ciencia y, para la misma década, como nos lo cuenta el filósofo y ex Decano de la FH y E, Benjamín Sánchez, quien a finales de los años sesenta era un joven estudiante de filosofía, en esta época se destacaban profesoras magníficas y recordadas por él con respeto y devoción, tales como la muy nombrada Madame André Catrisse, la célebre profesora de griego y del mismo modo

la profesora de latín, Ana Sábato di Polito, ambas, sin ninguna duda, pilares fundamentales de la escuela, teniendo en cuenta que para ese momento las dos lenguas clásicas eran materias obligatorias de la carrera.

Pero no es sino hasta la década de los años ochenta que las egresadas de filosofía empiezan a apostar seriamente por el compromiso con la carrera académica. Al parecer, antes de los ochentas, profesoras de la talla de Ana Sábato di Polito, Vanessa Khon de Bekker o Alicia Nuño, aunque eran invitadas permanentes en las cátedras escolares, ni pertenecían directamente a la escuela ni se dedicaron a la academia y particularmente a la disciplina filosófica como lo hicieron en su momento la ex directora de escuela, profesora Fabiola Vethencourt, o la actual Jefa del Departamento de Teórica, la doctora por la Universidad Libre de Berlín, profesora Luz Marina Barreto Guerra, que como todos lo saben, devotamente sigue cuidando con celo el dictado de su clase a los estudiantes del primer semestre. Ciertamente, las aulas de la escuela también han contado con valiosas mujeres como la profesora Judith Kristoffy, quien condujo por años el curso de lógica de principiantes o con las clases ocasionales de Nancy Núñez, quien también fue por años la editora de *Episteme*, la primera revista en filosofía acorde a los usos propios de la publicación académica, impulsada en su momento por Juan Nuño tras asumir la dirección del Instituto de Filosofía de la FH y E.

Hoy el siglo XXI encuentra a un coro de mujeres entre las que me incluyo, reunidas en este número extraordinario de la revista académica de la escuela de Filosofía, fundada hace 30 años por Omar Astorga, casi todas ejerciendo la docencia activa en las aulas de la escuela y del instituto de filosofía. No encuentro entonces una mejor manera de celebrar el año jubilar tricentenario de la fundación de la Universidad Central de Venezuela, que convocando a las que estamos sosteniendo la formación filosófica en medio de las horas más oscuras de la democracia venezolana y en la mitad de la catástrofe que vive la educación universitaria pública y autónoma. En momentos tan aciagos de la vida política y cultural del país la victoria que podemos exhibir es celebrar la certeza de saber que en la filosofía venezolana el silencio ya no adorna a la mujer haciéndola virtuosa y bella. Hay que decir que por diversas razones se echarán de menos en este volumen algunas voces, entre ellas de jóvenes muchachas que han trabajado como auxiliares en *Apuntes*

*Filosóficos*, pero afortunadamente otras han podido asumir. Nos queda tener presente asimismo a Gladis Escalona, insigne trabajadora administrativa jubilada de la UCV que también por años acompañó la producción de esta revista. En este volumen escriben nueve profesoras de la escuela de filosofía, una profesora del instituto de filosofía, una profesora de Faces egresada de nuestra escuela, escriben también dos diseñadoras gráficas tesisistas de nuestra escuela, una responsable del arte actual de *Apuntes Filosóficos* y la otra siempre colaboradora de la escuela y escribe la reseña una estudiante hoy en la diáspora, pero que por años asumió importantes responsabilidades con esta publicación. Finalmente, que la celebración sirva para entender una y otra vez, que guardar silencio y mantenernos callados no suele ser la mejor opción.

**Nowys Navas.**

**Directora de Apuntes Filosóficos.**